

CINE

● El Festival Creative Commons arranca con una mesa redonda dedicada en

Los de internet (y la piscina)

Francisco Camero SEVILLA

El Festival Creative Commons se abrió ayer en el **Cicus** (donde seguirá celebrándose hoy y mañana) con una mesa redonda las *Nuevas formas de socialización de la cultura audiovisual*. Al final, en efecto, la vida –tan prosaica– se impuso a la retórica y se habló mayormente de dinero. O de “subsistencia”, como matizó Lourdes Palacios, de la Asociación de Escritores Cinematográficos de Andalucía, una de las personas que participó en el coloquio, junto al director y guionista Nacho Vigalondo, estrella *casual* de la jornada; Alberto López, uno de los *compadres* de *Mundoficción*; Alejandro Díaz, crítico y programador del SEFF; los artistas María Cañas e Isaías Griñolo, las voces más radicales y defensoras de la “videoguerrilla”; y la directora del festival, Susana Serrano, también crítica de arte, que moderó el encuentro.

El debate gravitó la mayor parte del tiempo entre López y Vigalondo, quien por cierto, al término de la mesa redonda, proyectó el *trailer* de *Open Windows*, su película más ambiciosa hasta la fecha al menos en los términos industriales del “Antiguo Régimen”, un *thriller* con psicópata retorcido, involuntario héroe atribulado (Elijah Wood) y chica en peligro (la antigua reina del porno Sasha Grey), pero en formato *multitalla* y en el escritorio de un portátil, que se estrenará el 4 de julio. López es más pesimista, o al menos sus esperanzas acerca de las



Alejandro Díaz, Alberto López, María Cañas, Susana Serrano, Nacho Vigalondo, Lourdes Palacios e Isaías Griñolo

posibilidades (profesionales) de internet parecen haber alcanzado un tope. “Al final, llegas al circuito convencional y tú eres el de internet, y ahora somos también los dos *graciosos* de *Ocho apellidos vascos* –dijo refiriéndose también a su socio Alfonso Sánchez–, pero parece que seremos ya toda la vida los de internet”, dijo López, que asume el ejercicio del cine amparado en internet como plataforma principal, o eso se dedujo de sus palabras, como intrínsecamente más precario que el tradicional.

Ofrece ventajas, reconoció: “El *pastizal*” que los creadores pueden

llegar a ahorrarse en publicidad, o el grado de libertad que permite, aunque también es cierto, puntualizó, que ésta se acaba cuando aparece, deslumbrado por los números espectaculares pero sin entender en realidad al nuevo consumidor audiovisual, el Cine Industrial de Siempre o, incluso peor, Lo Político-Institucional. “Te tiras un montón de tiempo construyendo unos personajes con un discurso irreverente para que llegue la televisión pública y se los cargue porque les interesa que salgan los *compadres* haciendo el tonto y nada más. Para eso, yo me vuelvo a la

furgoneta, a cargar y descargar”, dijo el actor, que admitió haber rechazado ofertas que a su juicio vaciaban de sentido sus planteamientos cómicos originales.

Vigalondo es más optimista, o

él se puede permitir, “ya veremos hasta cuándo”, vivir de lo que le gusta. Eso no le evita tener la sensación de que su carrera parece digna de un tipo “escalando una montaña que al mismo tiempo se está hundiendo”. En todo caso, mucho peor, pero muchísimo, lo ven Griñolo, que en una de sus breves y escasas intervenciones, con su carac-

terística beligerancia política, formuló su enmienda a la totalidad: “Entre *Pepi, Luci, Bom* y otras chicas del montón y *Ocho apellidos vascos* aquí no ha pasado nada”; o Cañas, que también en modo *punk* dijo que sí, que muy bonita sobre el papel la “experiencia comunal” de ir a una sala de cine y compartir emociones liberadoras con desconoci-

do, “odiable a la gente porque hablaba”, y aparte de eso también puede ocurrir que se te siente al lado “el típico cerdo de las palomitas”. “Y yo necesito fundirme con la película. Y además el cine es muy caro como para pagar ese dinerito luego no enterarte de nada”.

Para los dos tuvo réplicas Vigalondo. En primer lugar, dijo el también director de *Los cronocrímenes*, “el problema no es tanto que el cine sea caro, como que los precios sean estáticos”: “¿Cómo puede costar ir a ver una película mía que *Iron Man 3*?”. Y además, para él, lo que representó en los 80 *Pepi, Luci, Bom...* no encuentra una comparación válida en *Ocho apellidos vascos*, sino en películas como *Stockholm*, o *Diamond Flash*, o las cosas de Venga Monjas, o *La tumba de Bruce Lee*, por citar sólo algunas de las alternativas que ofreció; es decir, obras que en cuanto a osadía “a los que somos un poco más veteranos nos han adelantado por la derecha”.

Y ese cine “no termina de consolidarse”, opinó, porque “tampoco termina de consolidarse una cierta relación de la gente con el pago”. Más sencillo, y lógico, y evidente: “No es lo mismo descargar *Piratas del Caribe* que *Diamond Flash*, que se ha hecho porque Carlos Vermut pudo ahorrar 20.000 euros”. El gran problema, dijo, es que caló hace años el mito de La Piscina de Alejandro Sanz. “Nadie se la quería pagar. Normal... Pero su piscina está intacta; de hecho, es más grande ahora, seguro. Porque el *mainstream* sigue intacto, y lo que realmente está sufriendo es la *clase media* de la cultura”.